

Aguas aéreas

La hija de tu niñera

David Huerta

En el primer capítulo de su *Biographia Literaria* (1817), el poeta Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) evoca la figura de un maestro suyo, “muy sensato, aunque también muy severo”. Ese mentor guió al poeta en sus primeros estudios de la literatura antigua, es decir, de los clásicos griegos y latinos, con toda su carga de mitologías, imaginaciones e ideas, diversas y nutritivas, inmensamente estimulantes.

El reverendo James Bowyer —así se llamaba el personaje— fue largos años director de la escuela del Christ’s Hospital, informan los estudiosos. (Con la frase en plural “los estudiosos” me refiero aquí, en realidad, a uno solo: el admirable Jordi Doce, traductor y conocedor de vastas zonas de la literatura inglesa, en especial de la poesía de esa lengua. De él son la traducción y las notas de la *Biographia Literaria* aquí citadas).

La frase “un director de escuela” situada en esos años de principios del siglo XIX puede sonarnos a persona borrosa, a institución del pasado más remoto, a pedagogía extinta, a cachivache *démodé*. Pero la poesía de Coleridge, discípulo del reverendo Bowyer, sigue viva y vigente, y no es descabellado conjeturar esto: a pesar de su severidad, de su rigurosa o rígida sensatez, alguna relación podemos vislumbrar entre ese mentor y el genio poético del alumno célebre, figura cardinal de la literatura en esa lengua. Algo se transfundió de las enseñanzas de Bowyer a los versos diáfanos y misteriosos de Coleridge. No pudo no ser así.

Como tantísimas otras cosas fundamentales en mi vida de lector, las primeras noticias acerca de Samuel Taylor Coleridge se las debo a Jorge Luis Borges, y

en especial a un puñado de páginas de *Otras inquisiciones*, en especial dos textos maestros del ensayo breve: “La flor de Coleridge”, “El sueño de Coleridge”. Con ellos comienza el libro; no sería posible, desde entonces, ignorar al poeta inglés. Luego, muy poco después, llegarían las lecturas de los versos: el extraño “Kubla Khan”, centro de las hermosas disquisiciones o inquisiciones borgesianas; “The Rime of the Ancient Mariner”, “Christabel”, quizá los más presentes en innumerables antologías. El pájaro marino cuyo nombre es *albatros* estará unido, para miles de lectores, al recuerdo de los versos de dos grandes poetas europeos: el inglés Coleridge, el francés Charles Baudelaire. Y, claro, además de los poemas, está la *Biographia Literaria*, con la cual comenzaron estos renglones acerca de las figuras míticas y fabulosas de la antigüedad, tal y como fueron consideradas en el siglo XIX inglés, en una época semejante a la nuestra, en cierto modo ya parte de nuestra actualidad —la parte más distante.

No es difícil imaginar al reverendo a través de las palabras de Coleridge; menos difícil resulta imaginar su voz con los materiales ofrecidos en esta parte de la evocación:

En nuestras propias composiciones en inglés (al menos durante los últimos tres años de nuestra educación escolar), [*el reverendo Bowyer*] no mostraba piedad alguna con toda aquella frase, metáfora o imagen que no tuviera un sentido firme, o cuyo sentido pudiera expresarse con iguales fuerza y dignidad en términos muy sencillos. Palabras como laúd, arpa y lira, musa, musas e inspiraciones, Pegaso, Parnaso e Hipocrene, le resultaban abominables. Casi pue-

do imaginármelo ahora exclamando: “¿Arpa? ¿Arpa? ¿Lira? Dirás mejor pluma y tinta, muchacho. ¿La musa? ¿La musa? La hija de tu niñera, querrás decir. ¿El manantial de Pieria? Ah, la bomba del claustro, imagino”.

En medio de tantos malos humores, hay en estas palabras de la *Biographia Literaria* una serie de temas ricos y sugerentes. Estos renglones no aspiran sino a indicar algunas posibles formas de abordar esos temas.

Estos son los marcos de la evocación de Coleridge: 1) la biografía de un poeta y en este caso la noticia sobre sus años escolares; 2) las costumbres para guiar, en esa época, los primeros pasos en la escritura de la lengua materna (“nuestras propias composiciones en inglés”); 3) el rigor *severo y sensato* del profesor, hombre de iglesia; 4) las actitudes ante cierto tipo de vocabulario; 5) una postura definida frente a la tradición clásica; 6) las vías y maneras para entender esa tradición —extrañamente, quizá, sin el propósito de aprovecharla en las composiciones de los alumnos.

Esa tradición antigua o clásica no parece, en la pedagogía de Bowyer, algo digno de ser explorado; más bien es una entidad compleja y pobladísima para ser estudiada, conocida, reverenciada... y nada más. ¿Escribir sobre musas, liras o arpas? ¡Inconcebible! Pero hay cosas poco claras en esta evocación. Veamos.

No hay ahora —es decir, en la niñez de Coleridge, en el paso del siglo XVIII al XIX— arpas, laúdes y liras como los de la antigüedad grecolatina; Pegaso, Parnaso e Hipocrene son nombres vacíos de sentido: animales míticos y esfumados, topó-

nimos sin sustancia. Las musas y el manantial de Pieria —las musas eran llamadas “Piérides”— merecen un aparte enérgico del reverendo. No hay musa alguna ya; si dices la palabra “musa” o, peor, si la escribes, la imagen surgida en tu mente no tiene ninguna relación con el pasado clásico: se trata de “la hija de tu niñera” —y la fuente de las musas es “la bomba del claustro”. Es decir: las elevadas imágenes antiguas se han rebajado a una miserable existencia secular, cotidiana, prosaica, falsa y traidora de la tradición clásica.

Uno se pregunta, entonces, acerca de las expectativas de Bowyer: ¿deseaba de sus alumnos un acercamiento “correcto”, y por lo tanto necesariamente anacrónico, a la tradición?, ¿o, sencilla y rotundamente, no esperaba nunca de sus estudiantes el tratamiento de esos temas o de temas semejantes?, y entonces, ¿cuáles serían los asuntos permitidos? Eso no lo explica Coleridge; pero el campo abierto a las suposiciones es amplio y sugerente.

En poco más de un siglo, la tradición clásica se transformaría radicalmente. Uno de los monumentos de la literatura del siglo XX se titula *Ulysses* —el hecho se pasa a menudo por alto y la novela de Joyce se enarbola como la negación misma del pasado y la apuesta más radical de la “literatura moderna”. Pero en España, un siglo y medio *antes* de las rememoraciones de Coleridge, la tradición clásica ya había sido motivo de irrisión y de ácida burla; sean testigos estos versos de Quevedo sobre el dios solar, Febo-Apolo:

Bermejazo platero de las cumbres
a cuya luz se espulga la canalla,
la ninfa Dafne que se afufa y calla,
si la quieres gozar, paga y no alumbres.

El poema sigue en ese tono estridente. En prosa quevedesca, escenas y burlas al mundo mítico grecolatino aparecen de modo espectacular en el principio de *La hora de todos y la Fortuna con seso*. Dan ganas de citar todo el principio de ese libro escandaloso: es como para darle un infarto al reverendo Bowyer. O quién sabe: acaso aprobaría el escarnio de los dioses antiguos hecho por un tenebroso caballero español.

Si afinamos la perspectiva histórico-cultural, con Bowyer y su discípulo Coleridge estamos ante un episodio de la “querrela entre los antiguos y los modernos”, estudiada con brillantez inigualable por Marc Fumaroli en *Las abejas y las arañas*, ensayo en cuyo centro volvemos a presenciar la Batalla de los Libros, gran contienda reseñada por Swift.

Releer el *Ulysses* significa reencontrarse en Dublín con los Lotófagos, con Nausícaa, con Circe, y prácticamente con todos los protagonistas del poema homérico, oh manes de Stuart Gilbert. Los personajes homéricos fueron convertidos por Joyce en pueblo llano de Irlanda, encarnados en oficios indignos, antiheroicos, a ras de tierra. Eso en cuanto al fabulador de Dublín, el prodigioso y casi inconcebible James Joyce.

Releer cuidadosamente la poesía de Ezra Pound, desde el primero de los *Cantos*, es adentrarse en una mente poblada con todos los frutos y las cristalizaciones de la cultura europea, manipulados con libertad, metamorfoseados, reinterpretados, investidos con una simbología nueva, reformulados por medio de alegorías inéditas —y todo ello en un marco alternadamente secular, intemporal, clásico, neoclásico, medieval, renacentista—, en un diorama pródigo cuyo eje es la tradición clásica al mismo tiempo venerada y temida por todos los reverendos Bowyer del “siglo de las luces”.

El maestro de Coleridge no habría entendido nunca la divisa de Pound y sus camaradas: *Make it new*. Para él hubiera sido como reconocerles alguna entidad a lo “novedoso” o a lo grosero de todos los días, como esa “hija de tu niñera” o “la bomba del claustro”.

John Bowyer —no sabemos si extravagante o ferozmente convencional— apenas habría podido imaginar una Babel o Babilonia como la “urbe de hierro”: Nueva York. Pero menos se habría imaginado a un personaje como el *Mister Sammler*, de Saul Bellow, trasunto desbaratado de Polifemo.

En uno de sus libros, Roberto Calasso se pregunta dónde han quedado los dioses de la antigüedad; él mismo responde la pregunta: en los libros, entre sus páginas,

como una muchedumbre de huellas de palabras (*La literatura y los dioses*). En ese libro Calasso hace una cala única en el poder de los versos para los videntes védicos: inolvidable.

A principios de este siglo, en 2003, escribí una diminuta reflexión sobre los continuos ataques a cierto tipo de literatura: la de quienes evocan el pasado clásico en sus estribaciones míticas. Un malhadado traductor a quien conocí —contaba yo— torció la boca casi con asco ante la palabra “céfiro” en un poema, y exclamó: “Estas palabras, estas palabras... caray... no sé... Ya no se usan, ya no *deben usarse* en nuestra época”. Era un contrahecho descendiente del reverendo Bowyer, el maestro de Coleridge.

El mismísimo Jorge Luis Borges incurrió en ese desagrado y en esas prohibiciones, no siempre explícitas —forma solapada de la censura—, y escribió lo siguiente sobre unos versos del siglo de oro: “...aparecen [*mencionados en esos versos*] Favonio y Flora. Horrorizado, me aparto”. Uno se pregunta: ¿horrorizarse por esas palabras, por su significado, por su forma, por su bagaje antiguo, al cual prefiero llamar mitopoético? En el fondo se trata de una tontería y en este caso por una forma especialmente irritada (e indocumentada) de la impaciencia: seamos modernos cuanto antes (extraña obediencia de Borges a la consigna de Rimbaud) y olvidémonos de una vez por todas de esos cachivaches de anticuario. En descargo de Borges, debo recordar este hecho de su biografía y de su bibliografía: el texto escandalizado u horrorizado está en un libro de juventud, titulado *El tamaño de mi esperanza*, de 1926. Tuvo tiempo de rectificar, y lo hizo.

En venganza contra aquel traductor enemigo de los céfiros, leí el artículo dedicado a “céfiro” (“*zephyr*”) en el gigantesco y maravilloso diccionario de Oxford de la lengua inglesa, el más largo poema de la lengua inglesa, como lo describió Anthony Burgess (el “Borges inglés”, llamado así por el “Borges argentino”). Ese artículo me pareció estupendo, lleno de noticias sobre el viento del oeste, hijo de la Aurora, y del dios que lo preside: eso es el céfiro. **U**